

LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTÍCULOS FIRMADOS CORRESPONDE A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES

Las oficiosidades del Santo Oficio



SEGÚN prometimos en el número anterior, y en cumplimiento de un deber de conciencia, vamos a tranquilizar la de los católicos timoratos si por acaso se la conturbó el decreto de la se dicente Santa Congregación del también se dicente Santo Oficio, declarando contrarias a la doctrina católica las enseñanzas que hoy día se califican de teosóficas y prohibiendo, por lo tanto, a los católicos pertenecer a las sociedades teosóficas, tomar parte en sus reuniones y leer sus libros, periódicos y cualesquiera de sus publicaciones.

Desde el punto de vista de la pura doctrina católica, el decreto de esa inquisitorial Congregación, aunque aprobado por el papa, *no obliga en conciencia* a los verdaderos católicos no contamina-

dos de la supersticiosa y neopagana herejía romanista, negación del espíritu apostólico y el más formidable obstáculo con que ha tropezado el cristianismo desde que la aparente conversión de Constantino adulteró con el virus idolátrico su prístina pureza.

El romanismo, en rigor de fe católica, es una herejía, porque se entiende por tal toda idea, principio o doctrina que por *exceso* o por *defecto* difiere de la doctrina ortodoxamente expuesta en el símbolo o credo de los Apóstoles, base fundamental del genuino catolicismo. Y el credo, al hablar de la Iglesia, dice textualmente: *Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Es decir: *creo que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica*. Añadir la adjetivación de *romana* es apartarse por *exceso* de la ortodoxia, y en consecuencia tan herético es añadir como suprimir palabra alguna al credo apostólico. Por lo tanto, eso de la Iglesia católico-romana es un error petrificado en la mente colectiva como concha de galápago, hasta el punto de que en los catecismos de las escuelas se inserta el credo con la herética superstición o superposición del calificativo *romana* aplicado a la Iglesia católica.

Pero aun suponiendo cierto, que no lo es, como facilmente podría demostrarse con los textos de la Escritura, el principado de Pedro sobre los demás apóstoles y la supremacía de la iglesia de Roma sobre las demás iglesias del orbe, resulta que con arreglo a la más escrupulosa y ultramontana doctrina católica, el papa *puede equivocarse* como todo hombre falible cuando publica una encíclica, o un *Motu proprio*, o aprueba un decreto redactado por clérigos en todo caso falibles. Las encíclicas y demás documentos pontificios son materia opinable y discutible. En modo alguno son definiciones dogmáticas, y un católico puede disentir de la doctrina en ellos expuesta sin dejar de ser católico en la intimidad de su conciencia religiosa. Por ejemplo, si el papa publica una encíclica reivindicando el poder temporal, están en su derecho los católicos que opinan en contra, pues el poder temporal no es artículo de fe y el papa puede equivocarse en la reivindicación.

Conviene aclarar este punto, que tan confusas tiene las mentes aun de personas ilustradas. Es error general que el católico está obligado a creer cuanto dice el papa, porque las interesadas miras del clericalismo han dado al dogma de la infalibilidad pontificia

una amplitud tan herética como el aditamento al credo de la palabra *romana*. Hoy día la masa gregaria de los católicos de fe ciega, o mejor dicho de escepticismo con máscara de fe, se figura que el papa *es siempre infalible*, y que por lo tanto no le queda al buen católico otro remedio que bajar la cabeza y obedecer y creer en toda ocasión la voz del Vaticano.

Sin embargo, desde el punto de vista ortodoxo, el papa únicamente es infalible cuando después de oído el concilio ecuménico en el debate de la materia en litigio, define *ex cathedra* algún punto de dogma o de moral. Fuera de estos casos, el papa está tan sujeto a error como el último monaguillo de la última parroquia rural, y todo cuanto diga será su opinión personal sin que para nada obligue a los católicos. Prueba evidente de la falibilidad pontificia fuera de los casos de la definición *ex cathedra*, es que desde Gregorio XVI hasta Pío X han menudeado, como discursos de candidatos en época de elecciones, las encíclicas condenatorias de los principios y doctrinas liberales, que a pesar de la condenación y acaso por ella prevalecen cada día con mayor imperio en todas las naciones. Gregorio XVI fué el primero que condenó explícitamente la *libertad de conciencia* declarándola *absurda* y *perniciosa*, y la *libertad de imprenta* diciendo de ella que *nunca nos horrorizaríamos bastante por lo funesta*.

Pío IX, en el ya anticuadísimo *Syllabus* de 1864 y en multitud de otros documentos pontificios, condenó el liberalismo, diciendo terminantemente que sus doctrinas eran *falsas y perniciosas para la Iglesia católica y la salvación de las almas*, de modo que *ningún cristiano* podía defenderlas sin *cometer pecado y sin faltar á lo que exige la profesión de fe católica*.

León XIII en su encíclica *Libertas* volvió a condenar el liberalismo, disparando el tercer cañonazo en vista de que no habían alcanzado los otros dos.

Sin embargo, no hay más que examinar, siquiera someramente, la actual realidad de la vida mundial, para advertir que en todas, en absolutamente todas las constituciones políticas, así de monarquías como de repúblicas, sin exceptuar las de los paises cuya *religión oficial* es la católica, predominan definitivamente establecidos los principios liberales que tantas veces condenaron los

pontífices desde Gregorio XVI a León XIII. La libertad de conciencia, de imprenta, de reunión y asociación, de pensamiento, todas las libertades cuyo ejercicio le es indispensable al hombre, so pena de reducirlo a un fantoche irresponsable, están consignadas en los códigos fundamentales de todos los paises, incluso de aquellos que se llaman eminentemente católicos, aunque esta eminencia no alcance a la de las cumbres alpinas o himaláyicas y se quede en la pigmea altitud del cerro de los Angeles.

Lo natural, lógico y ortodoxo, desde el punto de mira romanista, fuera excomulgar por herejes y negarles la comunión sacramental a cuantos hubiesen jurado una constitución política en que sin ambigüedades ni eufemismos constaran explícitamente los principios condenados por el Vaticano. Pero lejos de eso, los jefes de los partidos que públicamente se llaman liberales, incluso los conservadores que también se denominan liberales, alardean de catolicismo y hacen excelentes migas, gazpachos y ensaladas con la aristocracia eclesiástica, sin que ni a unos ni otros les importen ya un morabatín las encíclicas de Gregorio XVI ni el *Syllabus* de Pío IX.

¿Es claudicación? ¿Es hipocresía? No. Sencillamente es *falibilidad* pontificia en materias no declaradas de fe. Se equivocaron los pontífices antiliberales, y la realidad de la vida, la marcha del mundo, la evolución de las ideas, han evidenciado su error. Por esto se guardarán muy mucho los pontífices en definir *ex cathedra* la incompatibilidad del catolicismo con las libertades de conciencia y de pensamiento.

Pues análoga equivocación han sufrido hace poco los señores del Santo Oficio, que podrá ser todo lo santo que ellos quieran, pero que no tiene la discreción al nivel de la santidad. Al condenar la Teosofía, pues a eso se reduce el decreto, han condenado nada menos que a San Pablo, a San Pedro, a San Juan y a toda la iglesia verdaderamente cristiana. La Teosofía subscribe sin vacilar las admirables epístolas del apóstol de los gentiles, del iniciado Pablo, que en la primera epístola a los corintios dice textualmente:

«Y mi conversación y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostración de espíritu y de virtud; para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hom-

bres, sino en virtud de Dios. Pero *entre los perfectos* hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son destruídos; sino que hablamos *sabiduría de Dios en misterio,* la que está *encubierta,* la que Dios *predestinó antes de los siglos* para nuestra gloria.» (I Corintios 2 : 4 - 7).

Hemos copiado el texto de la Vulgata para que los romanistas no lo recusen por protestante, y al propio tiempo transcribiremos la interpretación que a la palabra *perfectos* da el P. Scio, diciendo que son los *verdaderos cristianos,* así como el hablar *en misterio* significa, según expone nada menos que Santo Tomás, hablar por vía de *señales,* de *figuras* y de *enigmas* que sólo entienden los *verdaderos fieles.* Y puesto que los eclesiásticos del Santo Oficio no saben que *Teosofía* significa *sabiduría de Dios* ni entienden las señales, figuras y enigmas de esta sabiduría, que la Teosofía esclarece, hay vehementes indicios para sospechar que no son verdaderos fieles o por lo menos que no han estudiado la materia sometida a su consideración con el detenimiento que el acierto en resolverla requería.

Por el contrario, todo demuestra que la Congregación del Santo Oficio, salvando los respetos a que la tolerancia con las personas obliga, ha procedido en este asunto como proceden las comisiones profanas, esto es, encargándole el dictamen a un ponente cuyo criterio aceptan los demás individuos sin mayor examen, y formulado después en decreto lo llevan a la firma del papa como los monarcas constitucionales los que les presentan sus ministros. Así, de la enormidad teológica de la condenación de la Teosofía resulta moralmente responsable el Padre Busuelli, a quien damos este título porque el romanismo se lo ha conferido en evidente contradicción con el texto evangélico que dice: «Y a nadie llaméis *padre* vuestro sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre que está en los cielos». (San Mateo 23 : 9, Vulgata).

En primer lugar, es de todo punto inexacto que los teósofos hayan usurpado el nombre de Teosofía a los escritores católicos que desde tiempo atrás lo venían empleando. Dicho nombre, de notoria etimología griega, lo emplearon por vez primera los neoplatónicos que profesaron las enseñanzas contenidas en el evangelio de San Juan, cuyo espíritu y significado, o sean sus señales,

figuras y enigmas, denota el señor Busuelli que anda muy lejos de entender. Por lo tanto, los usurpadores fueron los escritores católicos a quienes alude el señor ponente.

En segundo lugar, da pruebas este señor de su absoluta fabilidad, dimanante de su supina ignorancia de la cuestión, pues lo creemos incapaz de mala fe, al decir que la Teosofía es una mezcla de creencias paganas, gnósticas, neoplatónicas, budistas, maniqueas, panteistas, protestantes, etc. Por el contrario, según ha expuesto admirablemente don Carlos Micó en *El Heraldo* de Madrid, correspondiente al 18 de Agosto último, la Teosofía no es una mezcla, sino una síntesis, un sincretismo que abarca en perfecta unidad de sistema, como jamás lo consiguió el romanismo clerical, los puntos de contacto de las variadísimas religiones del mundo, evidenciando que todas ellas son ramas de un mismo árbol, nutridas por la misma savia y sostenidas por la misma raiz aunque se distancien al diversificarse del tronco.

Decir que la Teosofía es una mezcla, basta para poner en evidencia de ignorancia a quien tal diga. No sabemos que replicaría el señor ponente si alguien dijera y comprobara que el romanismo es precisamente ese revoltijo de paganismo con su agua bendita (lustral), sus capas pluviales (capas romanas), sus imágenes (sucesoras de los ídolos), su fiesta de la Candelaria (las candelas paganas); de judaismo con sus salmos y cánticos israelitas perpetuados en los oficios de semana santa; de maniqueismo con su doctrina del Diablo en oposición a Dios; de panteismo al afirmar que Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia; de gnosticlsmo cuando dice que el Espíritu Santo inspira al conclave en la elección de pontífice a pesar de los vetos de la potestad civil de Austria y España y de que a veces tardaron hasta un par de años en recibir la inspiración. ¿A qué seguir? Siempre fué táctlca del romanismo (no confundirlo con el catolicismo) echar sobre el prójimo sus propias culpas, y el señor ponente ha recogido como en áspera placa de maligno fonógrafo calumnias y maledicencias tan burdas cual la de los escándalos morales del que llama *secretario* Leadbeater, el insigne teóeofo que jamás ha sido secretario de nadie y cuya conducta privada es tan pura, digna y honesta como sin duda lo es la de los individuos del Santo Oficio.

Señor Busuelli ¡calumnias no! ¡despropósitos no! ¡tonterías no! Argumentos y razones. ¡Habladurías, no! Por lo tanto, dejamos en manos del tiempo y de los sucesos el descubrimiento de esos *pedazos* en que según tranquila y fresquísima declaración del señor ponente quedó hecha la Sociedad Teosófica.

El adverbio *hipócritamente,* que sin duda por reflejo propio lanza sobre el carácter de la Teosofía, se lo devolvemos por no ser de recibo entre los teósofos. Es un marbete de exclusiva aplicación romanista. Esas *ciertas teorías esotéricas y recónditas* que tantos aspavientos provocan en la piadosísima y celosísima e inquisitivísima alma del señor ponente, no son ni más ni menos, como de ello se convencería si fuese capaz de entenderlas, que la explicación razonada de las señales, figuras y enigmas en que según Santo Tomás, algo más sabio que el padre Busuelli, consiste la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría encubierta de que hablaba San Pablo, también algo más sabio que el señor ponente.

No honra mucho este señor al clero católico al decir que *caracterizadas personalidades* de dicho clero dispensaron favorable acogida a las doctrinas del karma y la reencarnación, engañados por un pseudo-asceta polaco. ¡Ahí es nada engañar a caracterizadas personalidades del clero católico! Lo menos, lo menos serían canónigos, y acaso obispos, cuyos conocimientos teológicos estaban a un nivel muy inferior al de su sentido común. Pero ¿en dónde nos deja el señor Busuelli las balanzas del arcángel San Miguel en la iconografía cristiana? ¿no dice el mismo Cristo en el evangelio de San Mateo 16 : 29, que recompensará a cada cual *según sus obras?* ¿no dice San Pablo, refiriéndose a quien mucho mal le había hecho, que el «Señor le pagará según sus obras»? (2 Timoteo 14); ¿no dice asimismo San Pablo que «aquello que sembrare el hombre eso también segará?» Pues ahí tiene el señor Busuelli la doctrina del karma, que no es privativa del budismo, sino de *todas* las religiones, como se convencería el ilustre ponente si se tomara la molestia de compararlas.

Eu cuanto a la reencarnación, podría el señor citado, en los ratos que su santo oficio le deje libres de entrometerse al tuntún en el pensamiento ajeno, podría, repetimos, acometer otra tarea

más provechosa para su perfeccionamiento espiritual, y *escudriñar las Escrituras,* según aconseja Cristo, donde hallaría mil pruebas del tremendo error en que está al decir cuanto dice, sin saber por qué ni como lo dice, contra la *sabiduría revelada* por Dios. ¿Qué significa la *resurrección de la carne?* ¿Qué el Juicio final? ¿Se han de tomar estas enseñanzas al pie de la letra que mata y no según el espíritu que vivifica?

Vaya una prueba. Convocaremos a todos los que no hayan sofocado el sentido común bajo la pesadumbre de la credulidad supersticiosa, y el señor Busuelli les expondrá el sentido teológico romanista (no el verdaderamente cristiano) de la Trinidad, de la Redención, de la expiación, la gracia, los sacramentos, la santa Misa, etc,, y después les leeremos *El Cristianismo esotérico* de Besant y *El Credo cristiano* de Leadbeater. Veremos qué prefieren. No en balde se queja el señor ponente de que las enseñanzas teosóficas se abren camino entre la *gente culta.* En cambio, el romanismo de crucifijos que sudan sangre, de medallas milagrosas, (léase amuletos fetichistas), de escapularios como el del *detente bala,* el romanismo de vírgenes y santos en competencía de taumaturgia a los ojos del vulgo, sólo subsiste hoy día por una parte en los rutinarios y por otra en quienes a pesar de su cultura forman el pueblo que «se me acerca con su boca y con sus labios me honra, mas su corazón está lejos de mí». (Isaías 29 : 13).

Por lo que toca al riesgo a que, según la absoluta fabilidad del señor Busuellí, expone la Teosofía de caer en prácticas de magia negra, es otra demostración del profundo desconocimiento en que está de lo que es la Teosofía, cuya primordial advertencia es evitar todo cuanto directa o indirectamente se relacione con las potestades tenebrosas que suelen disfrazarse de ángeles de luz, como ocurre en el decreto de la Congregación romanista.

No, señor Busuelli, no. La Teosofía no combate ni pervierte ni niega el dogma católico. Lo explica y razona. La Teosofía se esfuerza en realizar la sublime aspiración de Jesucristo, cuando decía: «Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor».

Pero este rebaño no es el romanismo ni su pastor el pontífice

romano en su actual institución. El pastor será Cristo, la verdadera cabeza de la iglesia universal.

La Teosofía se esfuerza en impedir que vuelvan los bochornosos tiempos del sarcásticamente llamado el Santo Oficio; en que no se repita el deplorable espectáculo de ver a los obispos católicos de Francia impetrando de Dios el triunfo de sus ejércitos, mientras que los obispos católicos de Austria rogaban al mismo Dios por la victoria de su patria. Mucho más perjuicio causan a la verdadera religión estas separatividades de rencor y odio, que las más abiertas herejías. Los protestantes de Inglaterra y Estados Unidos en pugna ante el Dios de la suprema justicia contra los protestantes de Alemania. Los musulmanes de Arabia en hostilidad, bajo el nombre del mismo Alá, con los musulmanes de Turquía. Los ortodoxos de Rusia contra los ortodoxos de Bulgaria. ¿Qué eficacia tienen esas religiones positivistas, materializadas por el rito y la ceremonia y la esclavitud mental, en el alma de los pueblos? Ninguna, porque son letra muerta, porque falta en ellas el espíritu de amor, de confraternidad, de cooperación universal, sin diferencia de casta ni de color, ni de sexo ni de raza, que procura infundir la Teosofía en el alma de la humanidad.

Por la Redacción,
FEDERICO CLIMENT TERRER.

La Teosofía no es enemiga del Cristianismo
Es la fuente de todas las religiones

¿CUAL es la actitud de los teósofos respecto de todas las religiones en general, y especialmente de las iglesias que se llaman cristianas?

La siguiente carta de la señora Blavatsky, en contestación a los ataques del clero protestante, es tan precisa sobre este punto y tan magistralmente escrita, que su publicación nos parece la mejor respuesta a las dudas de algunos cristianos todavía some-

tidos a la influencia del clero católico y del anglicano, quienes nos presentan como enemigos del Cristianismo.

«LA TEOSOFÍA Y LAS IGLESIAS

Al Arzobispo de Canterbury

Señor Primado de Inglaterra:

Por medio de esta carta abierta, dirigida a Vuestra Gracia, nos proponemos daros a vos, al clero, a sus fieles y a los cristianos en general—que nos consideran como enemigos de Cristo—una breve idea de la posición que la Teosofía ocupa con respecto al Cristianismo; pues creemos llegado el tiempo de hacerlo.

Sin duda sabe Vuestra Gracia que la Teosofía no es una religión, sino sólo una filosofía, a la par religiosa y científica; y que lo más importante que la Sociedad Teosófica se propone, es reavivar en todas las religiones el espíritu que las anima, fomentando y auxiliando la investigación del verdadero significado de sus doctrinas y preceptos. Saben los teósofos que cuanto más profundamente se penetra en el significado de los dogmas y ceremonias de todas las religiones, mayormente crece su aparente y fundamental semejanza, hasta que por fin se obtiene la percepción de su fundamental unidad. Esta base común no es otra que la Teosofía, la Doctrina Secreta de todos los tiempos, que diluída para amoldarse a la capacidad de la multitud y a las exigencias de las diversas épocas, ha constituído el núcleo viviente de todas las religiones. Las ramificaciones de la Sociedad Teosófica están constituídas respectivamente por budistas, induistas, mahometanos, parsis, cristianos y librepensadores, los cuales, unidos como hermanos trabajan en el terreno común de la Teosofía; y precisamente por no ser la Teosofía religión y no poder constituir para la multitud una religión, el éxito de la Sociedadad ha sido grandísimo, no sólo en lo que se refiere al número de miembros y extensión de su influencia, sino tambien en lo relativo a la realización de la empresa comenzada: la reanimación de la espiritualidad religiosa y el cultivo del sentimiento de FRATERNIDAD entre los hombres.

Los teósofos cremos que una religión es un incidente natural en la vida del hombre en su presente estado de desenvolvimiento; y que aunque en raras ocasiones pueden existir individuos que nazcan sin sentimiento religioso, toda comunidad debe tener una religión, o lo que es lo mismo, un *lazo de unión,* so pena de decadencia social y material aniquilamiento. Creemos que ninguna doctrina religiosa puede ser más que una tentativa encaminada a representar a nuestra limitada comprensión actual,

y el resultado total de estas comparaciones, como debe Vuestra Gracia saber perfectamente, comprueba que, casi en todos sus puntos, las doctrinas de las iglesias y las prácticas de los cristianos están en *directa oposición a las enseñanzas de Jesús.*

Acostumbramos a decir al budista, al mahometano, al induista o al parsi: «El camino hacia la Teosofía está para vosotros en vuestra propia religión». Y decimos esto, porque sus creencias poseen una profunda significación filosófica y esotérica, que explica las alegorías bajo las cuales se exponen al pueblo; pero no podemos decir lo mismo a los cristianos. Los sucesores de los Apóstoles no han tomado jamás acta de la *doctrina secreta* de Jesús: los «misterios del reino de los cielos» que sólo a los Apóstoles era dado conocer.

Aquellos misterios han sido descartados, desvanecidos, deshechos. La corriente del tiempo condujo hasta nosotros las máximas, parábolas, alegorías y fábulas que Jesús destinaba a los espiritualmente sordos y ciegos; las cuales el moderno Cristianismo, o bien toma literalmente, o las interpreta de conformidad con las fantasías de los Padres de la Iglesia. En ambos casos, son como flores cortadas de la planta en que crecían, y de la raiz de donde aquella planta recibía la vida. Así pues, si nosotros alentásemos a los cristianos, como hacemos con los fieles de otras creencias, a estudiar por sí mismos su propia religión, no sería la consecuencia el conocimiento de la significación de sus misterios, sino la vuelta a la superstición e intolerancia de la Edad Media, acompañada de una formidable irrupción de oraciones puramente vocales, como ha sucedido en la formación de las 239 sectas protestantes de Inglaterra, o bien un gran aumento de escepticismo, porque los que se llaman cristianos desconocen los fundamentos esotéricos del Cristianismo. Pues vos, mi Señor Primado de Inglaterra, debeis estar tristemente convencido de que de aquellos «misterios del reino de los Cielos», que Jesús enseñaba a sus discípulos, no sabéis más de lo que sabe el más humilde e ignorante miembro de vuestra iglesia.

Por lo tanto, se comprende fácilmente que los teósofos nada tengan que decir en contra del sistema de la Iglesia Católica Romana de prohibir, o del de las iglesias protestantes de desautorizar las investigaciones privadas sobre la significación de los dogmas «cristianos», lo cual corresponde al estudio esotérico de otras religiones. Con sus ideas y conocimientos actuales, los cristianos que de tales se precian no están preparados a emprender un exámen crítico de su fe con esperanza de buen resultado. El efecto inevitable sería la paralización más bien que el estímulo de sus adormecidos sentimientos religiosos, puesto que la exégesis

minado, como se encuentra, por la crítica histórica y por las investigaciones mitológicas, además de estar quebrantado por el poderoso martillo de la ciencia moderna.

¿Deberán, pues, los cristianos considerar a los teósofos como enemigos suyos, porque creen que el Cristianismo ortodoxo es en un todo opuesto a la religión de Jesús, porque tienen el valor de decir a las iglesias que son traidoras al MAESTRO a quien se vanaglorian de reverenciar y servir? Muy lejos de esto. Los teósofos saben que el mismo espíritu que animó las palabras de Jesús yace latente en los corazones cristianos, como existe naturalmente en el corazón de todos los hombres.

El principio fundamental de sus doctrinas es la Fraternidad humana, cuya realización final sólo es posible por medio de lo que mucho tiempo antes de Jesús se llamaba el «Cristo-Espíritu». Este espíritu late en el corazón de todos los hombres, y se desarrollará activamente, cuando caigan las barreras de odio y de hostilidad levantadas por príncipes y sacerdotes, y queden libres los seres humanos para comprenderse, apreciarse y simpatizar mutuamente. Sabemos que la conducta de algunos cristianos es con frecuencia superior a su Cristianismo. Todas las iglesias cuentan en su seno con muchos individuos de alma noble, dotados del espíritu de sacrificio, virtuosos y fervientes para beneficiar al prójimo en proporción de sus luces y medios, y anhelosos por cosas más altas que las de la tierra, discípulos de Jesús, en una palabra, a despecho de su Cristianismo. Por todos ellos sienten los teósofos la más profunda simpatía; porque únicamente un teósofo o una persona de la delicada sensibilidad y grandes conocimientos teológicos de Vuestra Gracia, puede apreciar con justicia las tremendas dificultades con que ha de luchar la tierna planta de la piedad natural, cuando prende su raíz en el ingrato suelo de nuestra cristiana civilización, y trata de florecer en la fría y árida atmósfera de la teología. Por ejemplo ¡cuán duro debe ser «amar» a un Dios, tal como el descrito en este pasaje de Heriberto Spéncer!

«La crueldad de un Dios figiano, que al devorar las almas de los muertos, puede suponerse que sólo las tortura mientras dura el banquete, es pequeña comparada con la crueldad de un Dios que condena a los hombres a torturas eternas... El descenso sobre los descendientes de Adán a través de centenares de generaciones, de castigos terribles, por una pequeña transgresión no cometida por ellos; la condenación de todos los hombres que no se han aprovechado de un pretendido modo de obtener el perdón, acerca del cual la mayor parte de ellos no han oído hablar siquiera, y el hecho de efectuar la reconciliación, sacrificando a un hijo que era perfectamente inocente, para satisfacer la supuesta necesidad de una víctima propiciatoria, son procedimientos que atribuídos a un legislador humano, inspirarían sólo expresiones de aborrecimiento».

inventa acerca del universo, nuevas teorías que prescinden despectivamente de Dios. Sientan los moralistas sus teorías éticas o relativas a la vida social sin presuponer la existencia de la vida futura. En física, en psicología, en derecho, en medicina, lo único que a cualquier profesor le da prestigio, es que no figure entre sus enseñanzas ninguna referencia, sea la que fuere, a la Providencia o al alma. El mundo se inclina rápidamente al convencimiento de que Dios es un concepto mítico sin fundamento positivo, sin lugar en la Naturaleza; y que la parte inmortal del hombre es un sueño frívolo de ignorantes salvajes, perpetuado por los embustes y fraudes de los sacerdotes, los cuales obtienen copiosa cosecha cultivando los errores de los hombres, con la idea de que su mitológico Dios atormentará a sus imaginarias almas por toda una eternidad en un fabuloso infierno. Ante todo esto, el clero permanece hoy mudo e impotente. La única contestación que conocía la Iglesia para responder a «objeciones» como estas, era el *potro y la hoguera;* más ya no puede *en la actualidad* emplear tal argumento.

Claro es que si el Dios y el alma que las iglesias enseñan son entidades imaginarias, entonces la salvación y condenación cristianas son meras ilusiones de la mente, producidas por el proceso hipnótico de aserción y sugestión, en gran escala, acumuladamente sobre generaciones de bondadosos «histéricos». ¿Qué contestación tenéis para la teoría de la religión cristiana, sino la repetición de afirmaciones y sugestiones? ¿De qué medios disponéis para devolver a los hombres sus antiguas creencias, más que de la revivificación de hábitos antiguos? «Construid más iglesias, recitad más oraciones, estableced más misiones y vuestra fe en la condenación y en la salvación se reavivará, siendo el resultado necesario el renovar la creencia en Dios y en el alma». He aquí el sistema de las iglesias, y su única contestación al agnosticismo y al materialismo. Pero debe saber Vuestra Gracia, que afrontar los ataques de la ciencia y crítica modernas, con la afirmación y la costumbre, es atacar cañones de posición con lanzas y escudos de cuero. Como quiera que sea, a medida que el progreso de las ideas y el desarrollo de los conocimientos van minando la teología popular, cada descubrimiento de la ciencia, cada nuevo concepto del avanzado pensamiento europeo, aproximan más el siglo XIX a las ideas de lo Divino y Espiritual conocidas por todas las religiones esotéricas y por la Teosofía.

Pretende la Iglesia, que el Cristianismo es la única religión verdadera, y esta pretensión lleva consigo dos proposiciones distintas, a saber: que el Cristianismo es la religión verdadera, y que excepto él, no existe ninguna religión verdadera. Los cris-

tianos no caen jamás en la cuenta de que Dios y el Espíritu pueden existir en cualquiera forma distinta de aquella bajo la cual aparecen en las doctrinas de su iglesia. El salvaje llama ateo al misionero, porque no lleva un ídolo en su equipaje; y el misionero llama a su vez ateo a todo el que no lleva un fetiche en su mente; y ni el salvaje ni el misionero cristiano sospechan que pueda existir una idea mucho más elevada que la que ellos tienen de la gran potestad oculta que gobierna el Universo, a la cual le cuadra mucho mejor el nombre de «Dios».

No sabemos si la Iglesia se toma mucho más trabajo en probar que el Cristianismo es «verdadero», o en demostrar que cualquiera otra religión es necesariamente «falsa». Las consecuencias de estas enseñanzas son terribles. Cuando las gentes desechan los dogmas, piensan haber descartado también el sentimiento religioso, y deducen que la religión es superflua; y al lanzar de sí la carga, creen que dan al viento quimeras terrenales que consumían la energía, más provechosa si empleada en la lucha por la existencia. El materialismo de esta época es, por lo tanto, consecuencia directa de la cristiana enseñanza de que no existe más poder director en el Universo, ni otro espíritu en el hombre, que los expuestos por los dogmas del Cristianismo. El ateo, mi Señor Primado, es el hijo bastardo de la iglesia.

Mas no es esto todo. Las iglesias no han dado jamás a los hombres ninguna otra razón de peso para ser justos, bondadosos y veraces, que la esperanza del premio y el temor del castigo; y desde el momento en que dejan libre el paso a la creencia en el capricho y en la injusticia divina, están minados los cimientos de su moralidad. Ni siquiera les queda la moralidad natural en qué apoyarse con plena conciencia, porque el Cristianismo les ha enseñado a considerarla indigna, en razón de la natural depravación del hombre. Por lo tanto, el interés propio viene a ser el único motivo de su conducta; y el temor de que se descubra su culpabilidad, la razón única para huir del vicio. Así es que con respecto a la moral, lo mismo que en lo referente a Dios y al alma, el Cristianismo empuja a los hombres fuera del sendero del conocimiento, y los precipita en los abismos de la incredulidad, del pesimismo y del vicio. El último lugar a que acuden hoy día los hombres en demanda de auxilio para librarse de los males y miserias de la vida, es la iglesia; pues saben que ni la erección de templos, ni la recitación de letanías influyen en lo más mínimo sobre las potestades de la Naturaleza, ni sobre los consejos de las naciones. Sienten instintivamente que desde el momento en que las iglesias han aceptado el principio de la propia conveniencia, han perdido su virtud de mover los corazones, y sólo les es dado

en la actualidad obrar en el plano externo, como sostenedoras de los agentes de policía y de los gobernantes.

La función de la religión es consolar a la humanidad y darle alientos para la larga lucha que durante la vida ha de sostener con el pecado y la miseria. Esto puede hacerlo únicamente presentándole nobles ideales de una existencia más feliz después de la muerte, y de una vida más digna en la tierra conquistadas ambas por medio de esfuerzos conscientes.

Lo que en la actualidad necesita el mundo, es que se le hable de la Divinidad y del principio inmortal del hombre, de una manera que por lo menos esté al nivel de las ideas y de los conocimientos de los tiempos. El Cristianismo dogmático no es a propósito para un mundo que razona y piensa. Unicamente los capaces de sumirse en un estado mental semejante al de la Edad Media, podrán reverenciar a una iglesia cuya misión religiosa (en distinción de la social y de la política) es mantener a Dios de buen humor, mientras los laicos hacen lo que creen que El no aprueba, rogar por cambios de tiempo, y a veces dar gracias al Todopoderoso por los auxilios prestados para la matanza de enemigos. No son «hechiceros», sino guías espirituales lo que el mundo ansía en la actualidad; un *clero* que le proporcione ideales apropiados a la inteligencia de este siglo, como lo eran el cielo y el infierno cristianos y Dios y el demonio para los siglos de negra ignorancia y superstición. ¿Cumple o puede cumplir este requisito el clero cristiano? La miseria, el crimen, el vicio, el egoísmo, la brutalidad, la falta de respeto y de dominio sobre sí mismo, cualidad característica de nuestra moderna civilización, unen sus voces en un tremendo grito y contestan: ¡NO!

¿Cuál es el significado de la reacción en contra del materialismo de cuyas señales está llena la atmósfera de nuestro siglo? Significa que el mundo está gravemente enfermo del dogmatismo, arrogancia, presunción y ceguera espiritual de la ciencia moderna, de aquella misma ciencia a la que todavía ayer saludaban los hombres como libertadora de la hipocresía religiosa y de la superstición cristiana, y que a manera del diablo de las leyendas monacales, exige por precio de sus servicios el sacrificio del alma inmortal del hombre. Y mientras tanto, ¿qué hacen las iglesias? Reposan sumidas en el dulce sueño de los emolumentos y de las influencias sociales y políticas, en tanto que el mundo, el demonio y la carne se apropian sus consignas, sus milagros, sus argumentos y su fe ciega. Los espiritistas, ¡oh, iglesias de Cristo! han robado el fuego de vuestros altares para iluminar sus salas de sesiones; los salvacionistas os han arreba-

tado el vino sacramental para embriagarse espiritualmente en medio de las calles; el infiel os ha despojado de las armas con que en un tiempo vosotras le vencisteis, y triunfante os dice: «Lo que vosotras decís, se ha dicho antes con frecuencia». ¿Ha tenido el clero alguna vez tan magnífica oportunidad? Maduros penden ya los racimos de la vid esperando únicamente que los legítimos vendimiadores los cosechen. Si dieseis vosotras al mundo alguna prueba positiva, al nivel de la inteligencia moderna, de que la Divinidad, el inmortal Espíritu del hombre, tiene existencia real, ¿no os saludarían los hombres como salvadores del pesimismo y de la desesperación del enloquecedor y embrutecedor pensamiento de que no existe más destino para la humanidad que la nada eterna, después de unos cuantos años de angustias, trabajos y miserias? ¿No os considerarían como libertadores del afán aterrador de goces materiales y de progreso mundano, que es la consecuencia directa de mirar esta vida mortal como fin y totalidad de la existencia?

Pero las Iglesias no poseen ni el conocimiento ni la fe necesarios para salvar el mundo; y quizá vuestra Iglesia, mi señor Primado, menos que todas, con su piedra miliar de 8.000.000 de libras anuales colgada al cuello. En vano procuráis aligerar la embarcación lanzando al agua la carga de doctrinas que vuestros antecesores consideraron vitales para el Cristianismo. ¿Qué más puede hacer ahora vuestra Iglesia, que correr el temporal a palo seco, mientras el clero trata débilmente de tapar las vías de agua con la «versión revisada», procurando con su peso muerto social y político impedir que la embarcación zozobre, y que su cargamento de dogmas y de sueldos se vaya al fondo?

¿Quién ha construído la catedral de Canterbury, mi señor Primado? ¿Quién ha inventado y dado vida a la gran organización eclesiástica que hace un arzobispo de Canterbury posible? ¿Quién ha colocado los cimientos del vasto sistema de contribución religiosa, que os concede 15.000 libras al año y un palacio? ¿Quién ha instituído las formas y ceremonias, las oraciones y letanías que, ligeramente alteradas y despojadas de arte y de ornamentación, constituyen la liturgia de la Iglesia de Inglaterra? ¿Quién ha arrancado del pueblo los orgullosos títulos de «teólogo reverendo», y de «hombre de Dios», que el clero de vuestra Iglesia con tanta confianza lleva? ¿Quién, después de todo, más que la Iglesia de Roma? Hablamos sin espíritu de enemistad. La Teosofía ha visto el principio y el fin de muchas creencias religiosas, y de muchas más presenciará el nacimiento y la muerte. Sabemos nosotros que la vida de las religiones se halla sujeta a leyes fijas. Si vosotros heredasteis legítimamente de la Iglesia de Roma u obtuvisteis lo

que poseéis de modo violento, allá lo decidáis con vuestros adversarios y con vuestra conciencia; porque nuestra actitud mental hacia vuestra Iglesia está determinada por su utilidad intrínseca. Sabemos que si es incapaz de dar cumplimiento a su verdadera misión espiritual será barrida sin remedio, aunque su deficiencia resida más en sus tendencias hereditarias y en el medio en que se halla colocada, que en sí misma.

La Iglesia de Inglaterra, empleando un simil vulgar, marcha como un tren sin vapor en la locomotora, gracias al movimiento adquirido. Dejó la vía principal, para tomar un desvío que a ninguna parte conduce. El tren casi ha llegado a una estación, muchos de los pasajeros lo han dejado para tomar otros medios de transporte. La mayor parte de los que en él quedan, saben que dependen de la escasa cantidad de vapor que había en la caldera cuando se apartó del hogar de Roma. Ahora sospechan que durante todo este tiempo pueden haber estado jugando al tren; pero el maquinista sigue pitando, el revisador sigue examinando los billetes, los encargados de los frenos siguen haciéndolos funcionar, y después de todo no se pasa mal; pues los vagones son calientes y confortables, y el día es frio; y mientras los vehículos permanecen en buenas condiciones de comodidad y elegancia, todos los empleados al servicio de los viajeros son muy amables. Pero quienes saben adónde necesitan ir, no están tan satisfechos.

Durante algunos siglos la Iglesia de Inglaterra ha estado llevando a cabo la difícil empresa de hacer propaganda en dos direcciones, diciendo al mismo tiempo a los católico-romanos: «¡Razonad!», y a los escépticos: «¡Creed!» El equilibrio de su doble golpe, la ha salvado durante tan largo período de caer de su fortaleza. Pero en la actualidad, la fortaleza cede bajo sus plantas. El desengaño y el malestar están en la atmósfera. ¿Y qué es lo que hace vuestra Iglesia en su propio favor? Clama por su utilidad. *Util* es poseer un número de hombres ilustrados, morales y apartados del mundo, esparcidos por todo el país, que han impedido que el mundo olvide por completo el nombre de religión, y que actúan a manera de centros de una obra benéfica. Pero la cuestión de que en la actualidad se trata, no es ya de repetir oraciones y de dar limosnas a los pobres, como sucedía hace quinientos años. La raza ha llegado a la edad de la reflexión; ya piensa por sí misma, y sus individuos han tomado en sus propias manos la dirección, no sólo de sus asuntos privados y sociales, sino además de los espirituales; pues han convenido en que su clero no sabe más acerca de las «cosas de los cielos», que lo que saben ellos mismos.

Pero se dice que la Iglesia de Inglaterra se ha hecho tan liberal,

que todos deben apoyarla. Cierto es que puede uno asistir a una excelente imitación de la misa, o sentarse bajo un virtual Unitario, y pertenecer, sin embargo, a su rebaño. Esta tolerancia, únicamente significa que la Iglesia se ha visto precisada a convertirse en solar abierto, en cuya área pudiese construir cada uno su propia choza, y practicar sus especiales ceremonias con tal de unirse para la defensa de sus emolumentos. La tolerancia y la libertad son contrarias a las leyes de la existencia de toda iglesia que crea en la condenación por sentencia divina, y su aparición en la Iglesia de Inglaterra no es signo de vida renovada, sino de próximo desmoronamiento. No menos engañosa es la energía demostrada por la Iglesia en la construcción de templos. Si esto nos diese la medida de la vitalidad religiosa, ¡que época tan piadosa no sería la presente! Jamás ha estado tan bien alojado el dogma como ahora, aunque millares de seres humanos duerman en las calles y perezcan literalmente de hambre a la sombra de las majestuosas catedrales, construídas en nombre de Aquél que no tenía una piedra en donde reclinar la cabeza. ¿Pero, dice acaso Jesús a Vuestra Gracia, que la religión no reside en los corazones de los hombres, sino en templos fabricados con las manos? No podéis convertir vuestra piedad en piedra y usarla en vuestras vidas; y la historia demuestra que la petrificación del sentimiento religioso es una enfermedad tan mortal como la osificación del corazón. Si las iglesias se multiplicasen cien veces más, y cada clérigo se convirtiese en un centro de filantropía, se lograría tan sólo la dispensa de cuidados que al pobre deben sus semejantes; pero no la instrucción espiritual, pues no es dado obtenerla de aquellos. Esto sólo conduciría a poner más de relieve la esterilidad espiritual de las doctrinas de la Iglesia.

Aproxímanse los tiempos en que se pedirá al clero cuenta de sus servicios. ¿Estáis preparado, mi Señor Primado para explicar a VUESTRO MAESTRO el por qué habéis dado a sus hijos piedras, cuando a gritos os pedían pan? Os sonreís en vuestra imaginaria seguridad. Durante muchísimo tiempo los servidores han vivido en orgía perenne en los aposentos internos de la casa del Señor, y están en la creencia de que El no volverá jamás. Pero El os ha dicho que volvería a modo de ladrón en la noche, y ¡hele aquí! Está ya viniendo a los corazones de los hombres. Ya viene a tomar posesión del reino de Su Padre, en donde solamente su reino existe. ¡Pero vosotros no le conocéis! Si las iglesias no se encontrasen arrastradas por el torrente de negación y de materialismo que ha barrido a la sociedad, reconocerían el germen del Cristo-Espíritu, que viva y rápidamente se desenvuelve en los corazones de millares a quienes en la actualidad anatematizan

por infieles y locos. Reconocerían allí el mismo espíritu de amor, de sacrificio, de inmensa piedad por la ignorancia, por la locura y por los sufrimientos del mundo, que en el corazón de Jesús aparecían en su pureza, como habían aparecido en los corazones de otros Santos Reformadores en otras épocas. El espíritu es la luz de toda religión verdadera; lámpara con la que los teósofos de todos los tiempos han tratado de guiar sus pasos a lo largo del estrecho sendero que a la salvación conduce. Sendero recorrido por toda encarnación de CRISTOS o ESPIRITU DE VERDAD.

Y ahora, mi Señor Primado, hemos puesto respetuosamente ante Vos los principales puntos de diferencia y discrepancia existentes entre la Teosofía y las Iglesias Cristianas, y os hemos declarado la unidad entre la Teosofía y las enseñanzas de Jesús. Habéis oído nuestra profesión de fe y reconocido los abusos y quejas que exponemos contra el Cristianismo dogmático. Un puñado de humildes individuos, sin riquezas ni influencia mundana, pero firmes en nuestros conocimientos, nos hemos unido con la esperanza de llevar a cabo la obra que decís os ha encargado vuestro MAESTRO, pero que está tristemente descuidada por el rico y dominante coloso de la Iglesia Cristiana. ¿Llamaréis a esto presunción? ¿Os aventuraréis, en este país de opinión libre, de libre discurso, de esfuerzo libre, a no concedernos más muestra de reconocimiento que el acostumbrado *anatema*, que la Iglesia tiene en reserva para el reformador? ¿O cabe esperar que las amargas lecciones que la experiencia de aquella regla de conducta ha dado a las Iglesias, hayan cambiado los corazones y aclarado el entendimiento de sus legisladores; y que el próximo año de 1888, sea testigo de que amistosamente y con buena voluntad nos tiendan su mano los cristianos? Esto sería el justo reconocimiento de que la pequeña colectividad, conocida con el nombre de Sociedad Teosófica, no es el precursor del Anticristo, ni engendro del diablo, sino el auxiliar práctico, quizá el salvador del Cristianismo; y de que trata sólo de llevar a cabo la obra que Jesús, como Buda, y otros «hijos de Dios» que le precedieron mandaron realizar a todos sus fieles, y que las Iglesias, por haberse convertido en dogmáticas, se encuentran imposibilitadas por completo de llevar a cabo.

Y ahora, si Vuestra Gracia puede demostrar que somos injustos con respecto a la Iglesia, cuya Cabeza sois, o a la Teología popular, prometemos reconocer nuestro error públicamente. Pero, QUIEN CALLA OTORGA.

H. P. BLAVATSKY.

hombre es ya «Sthitaprajna», es decir «el estable en su inteligencia», «aquel cuya inteligencia está afirmada», lo que implica la subyugación de la naturaleza de los deseos y el dominio del Ego o Manas superior.

* * *

Recordad la lección de la abnegación. Aproximaos al Señor con los ojos bañados en lágrimas y el corazón lleno de sincero arrepentimiento. El os dará fuerza y os guardará de todo mal. Es el solo medio de desarrollo, y no hay ningún otro, particularmente durante el Kâli-Yuga [1] en que nos encontramos. Podéis también acordaros de mí, si este pensamiento os puede proporcionar alguna asistencia; pero si esto no os lleva a recordar al Ser supremo, Fuente primera de toda Paz y Luz, arrojadme fuera de vuestros persamientos y ligaos exclusivamente a El, sin que ninguna idea llegue a obscurecer o empañar Su radiación. Esforzaos por conservar sin mancha vuestro corazón fijo en el Señor, y lo demás se os dará por añadidura.

* * *

N... se arroja a cuerpo descubierto en el error, tan sólo por emerger más rápidamente. ¿Tiene razón para obrar así? No lo puedo asegurar, pero me parece que sigue un destino irresistible y no pierdo la esperanza de verle restablecido en el Sendero, purificado del último impuro elemento que mancha su alma tan noble.

* * *

Espero que B... permanecerá en su puesto pacientemente y eliminará su karma. Todos nosotros atravesamos una formidable crisis y el sufrimiento es por todas partes inexplicable. Sed pacientes unos y otros; vendrán mejores días y entonces encontraréis alguna paz y alguna luz.

* * *

Las obras teosóficas han sido especialmente escritas para que la ciencia moderna reconozca la existencia del Espíritu, por lo cual tratan necesariamente mucho más de la *física*

---

(1) «Período de obscuridad»; es el actual de la evolución.

que de la *metafísica* de la vida superior. Examinada desde un punto de vista crítico, la literatura teosófica, casi por entero, da lugar al reproche de estar teñida de materialismo. De hecho el mismo Parabrahman de los teósofos es, a los ojos de un vedantino de la India, un estado de materia sutil y gloriosa, pero no el Espíritu real; y sin embargo, si esta literatura no presentase las cuestiones como lo hace, jamás habría ejercido influencia alguna en el espíritu científico y habría por consecuencia fracasado en su objeto inmediato. El sublime concepto idealista de Brahman es inaccesible al mental corriente. También, aunque vuestra idea del avatar sea verdadera en sus líneas generales, el teósofo, dirigiéndose en gran manera a lo que se llama el espíritu científico, no puede en modo alguno evitar el revestir su avatar de materia, no puede pasar en silencio el aspecto-forma y por consiguiente el «pasado» de un avatar. Para mí, el tiempo y el espacio representan, bien entendido, las más grandes de todas nuestras ilusiones, el «almacén de Mâyâ»; pero si vosotros os colocáis en este punto de vista para explicar las cosas del tiempo, fracasaréis fatalmente. No tratando todo discurso o toda discusión más que de la realidad fenomenal (1) no podía evitar A. B. la adopción del lenguaje que os parece tan incorrecto; sin embargo, prefiero por mi parte recordar a cada paso al lector que este laborioso razonamiento no se aplica más que a la existencia convencional y que, desde el punto de vista de lo real, es «Mâyâ» el nombre y la forma de todas las cosas del Universo. Desde el punto de vista de la realidad fenomenal, no creo del todo erróneo decir que Shri-Krishna fué hombre en algún lejano kalpa, y pienso que esta declaración no contradice lo que ha escrito H. P. B. en la *Doctrina Secreta*. Hay gran diferencia entre un adepto y un avatar, aun considerando a éste como un ser que en alguna remota edad fué una criatura limitada análoga a nosotros; también el jivanmukta es diferente del avatar; éste es más bien el videhamukta sumergido en Maha-Vishim y constituye el almacén de energía espiritual; es más bien El que «desciende» o proyecta una Imágen, o aun emerge de Su condición no manifestada en ciertas épocas

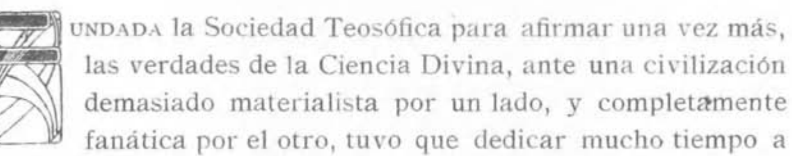
(1) Vyâvâharic Sattvâ.

de la evolución del mundo para reajustar las fuerzas desarregladas y restablecer el equilibrio. A tal Ser no le es imposible recordar las limitaciones a que estuvo sometido; pero este recuerdo, o conciencia retrospectiva, no puede ligarle por adelantado, de igual modo que el mago no puede dejarse alucinar por su propia taumaturgia.

(Continuará).

(Traducción de J. Pavón.)

LA IGLESIA CATÓLICA LIBERAL



FUNDADA la Sociedad Teosófica para afirmar una vez más, las verdades de la Ciencia Divina, ante una civilización demasiado materialista por un lado, y completamente fanática por el otro, tuvo que dedicar mucho tiempo a abrirse paso por entre la maleza que las imperfecciones humanas habían abonado, tanto en el campo de la Ciencia como en el de la Teología, combatiendo sin cesar los evidentes errores y los dogmas perniciosos de una y otra. Así pues, la primera época de nuestra Sociedad fué de combate, como lo prueba el libro primero de Mme. Blawatsky, «*Isis sin velo*». La misma autora, más adelante, emprendió una labor afirmativa, constructiva, que es la razón de ser de sus obras inmortales: «*La Clave de la Teosofía*», «*La Doctrina Secreta*» y «*La Voz del Silencio*».

Otros escritores teosóficos, como Mrs. Annie Besant y C. W. Leadbeater, han ampliado esta última labor; y desde el punto de vista religioso, nos han indicado en obras tan luminosas como «*El Cristianismo Esotérico*», «*El Credo Cristiano*» y multitud de trabajos sueltos, las bellezas que atesora la religión en cuyo seno nos hemos educado muchos de los actuales miembros de la Sociedad Teosófica, es decir, el Cristianismo. Coronación de esta labor especialísima en el campo religioso, ha sido la adhesión de algunos de nuestros hermanos a la Iglesia Antigua de Holanda, separada de Roma desde hace doscientos años, y que conveniente-

mente reformada, con objeto de que se convirtiese en vehículo preparado para recibir al Gran Instructor que muchos de nosotros esperamos, se denomina hoy *Iglesia Católica Liberal*, después de haberse llamado primeramente Iglesia Católica Antigua o Arcáica, *(Old Catholic Church)*, que fué el título con que la dimos a conocer a nuestros lectores. (1) Teosofista tan caracterizado como Mr. Leadbeater, no ha vacilado en ponerse al frente de este importantísimo movimiento. Dicho hermano es hoy Obispo y su sede está en Australia; mientras que Mr. J. I. Wedgwood, M. S. T., desempeña el puesto más elevado de dicha Iglesia, el de Obispo primado de Inglaterra, si no estamos mal informados.

Estos eminentes hermanos teosofistas nos indican un camino que puede ser de gran utilidad para muchos. Principalmente para nosotros, los nacidos en España, esta Iglesia tiene una importancia especial; pues si es verdad que en todas partes la reforma religiosa ha de hacerse *religiosamente*, en España, todo movimiento en este sentido ha de partir de la única fórmula conocida y acatada por el pueblo, es decir la católica.

De desear sería que pudiésemos reunir un núcleo de M. S. T. dispuestos a implantar en España la *Iglesia Católica Liberal*. Pero, mientras tal cosa no sea posible, nos proponemos ir dando a conocer los pricipios y rituales de la misma, al objeto de que aquellos que nos estén conformes con los procedimientos de la Iglesia romana, puedan conocer la fórmula bella y profundamente espiritual y comprensiva que se les ofrece, asistiendo a la misa y otras ceremonias, (si así lo desean), con un mayor conocimiento de su significado y mejor disposición de espíritu, para recibir la ayuda y el aliento que ofrecen a aquellos que siguen las enseñanzas de Cristo.

En sucesivos números iremos realizando este programa; esperando que aquellos de nuestros hermanos que estén conformes con estas ideas y sientan interés por este movimiento, nos ayuden con sus consejos y nos den fuerza con su adhesión.

J. GARRIDO.

---

(1) Véase nuestra traducción publicada en EL LOTO BLANCO de Junio 1917. También se publicó otra traducción sobre el asunto, en esta misma revista, en Septiembre de 1917.

UNA CIENCIA NUEVA

LA METAPSIQUIA

El próximo otoño nacerá en París un centro de investigaciones desinteresadas: el *Instituto de las ciencias metapsíquicas*. Sabios y médicos estimados, como el profesor Charles Richet, el profesor Teissier, el doctor Calmette, el doctor Geley, Mr. Camille Flammarion, etc., y una pléyade selecta de espíritus juveniles, estudiarán allí los fenómenos que se llamaban en otro tiempo «ocultos», de los que algunos han entrado en el dominio científico común. Así, por ejemplo, los fenómenos de la hipnosis, del magnetismo animal, del desdoblamiento de la personalidad, han sido relacionados, a falta de otra cosa, con las perturbaciones histéricas. Toda una parte de lo maravilloso antiguo: los posesos de Loudun, los convulsos de San Medard, la cubeta de Mesmer y el fluido de Cagliostro, han encontrado una explicación racional, en apariencia.

¿Se llegará de igual modo a «desocultar» la lectura del pensamiento, la clarividencia, la telepatía, los presentimientos, los desplazamientos de objetos sin contacto, las materializaciones, etc., que han dado lugar a tantos testimonios, reales o ilusorios, en el curso de los tiempos? Tal es la ambición de los fundadores del Instituto Metapsíquico. No se hacen ellos ilusión respecto de lo difícil de su labor. Pero se ven animados y estimulados, por los resultados que acumula, hace años, la Sociedad de investigaciones psíquicas de Londres. El ejemplo de eminentes sabios como William Crookes y Oliver Lodge, les ayuda a desafiar el ridículo seguro que se concede en Francia, a las investigaciones de este género. Como ellos, están decididos a aplicar los más rigurosos métodos de la ciencia positiva.

En tanto que el Instituto pueda trasladarse a la colina latina, entre la antigua Sorbona y el palacio del Radio, se instala lejos del centro de los estudios, en el barrio de la Estrella. Quiere pasar inadvertido hasta el día en que adquiera el derecho de ciudadanía científica. Se construyen laboratorios con los aparatos de observación más perfeccionados. La dotación que ha recibido de un hombre generoso, M. Mayer, le permitirá traer a esos seres privilegiados (1) llamados mediums, enviar misiones a los países lejanos y reunir todas las obras que tratan de hechos supranor-

---

(1) Las enseñanzas teosóficas dicen que en general ese «privilegio», no es de desear.—N. del T.

males. Publicará por su cuenta una revista mensual. Así se edificará, sobre bases sólidas, la nueva ciencia: *La Metapsiquia.*

* * *

Los hombres eminentes que han emprendido esta tarea, no se preguntan si son o no audaces. Saben que no tendrán la aprobación de la ciencia oficial, de la ciencia universitaria, ni de los creyentes de las diferentes iglesias, ni de los incrédulos. Se burlarán de ellos, como de todos los iniciadores. Pero esto no les disgusta, puesto que solo buscan la verdad. Terminadas las guerras, las catástrofes, las calamidades públicas, dirá la gente que existe la necesidad de dejar la realidad dolorosa, de evadirse en el ensueño, de volver a «creer». Los psicólogos ven en ello una depresión mental, una disminución del poder de adaptación, una «neurosis». Se sentirá la tentación de decir que la guerra, con sus miserias y sus duelos innumerables, lleva a ciertos sensitivos hacia lo maravilloso, así como ha llevado multitudes afligidas, al umbral de las Iglesias. No se tendrá razón.

En esto no hay ningún movimiento de carácter religioso, ninguna apelación a la fé. El Espiritismo es una creencia muy consoladora, puesto que afirma que los muertos vuelven a nosotros y nos dirigen; pero no se trata aquí de Espiritismo. La Teosofía es una creencia más refinada, que puede satisfacer a los filósofos; pero no se trata de Teosofía. Tampoco se trata, menos aún, de Magia, de Astrología y de Artes cabalísticas. Por último, sería un error grosero suponer que hombres respetables van a legitimar las pretensiones charlatanescas de las quirománticas, sonámbulas extra lúcidas y de las que echan la buena ventura explotando, desde hace siglos, la credulidad pública.

Ante todo, son hombres de ciencia, sabios. No niegan nada de lo adquirido por la ciencia. Reclaman únicamente el derecho de renovar sus hipótesis admitidas, desde el momento en que esas hipótesis ya no encierran los hechos que quieren establecer. No hay nada sobrenatural; solo hay en realidad lo *extraordinario,* lo *supranormal.* La radioactividad es una propiedad extraordinaria de ciertos cuerpos, (que puede ser, por otro lado, una propiedad universal de la materia, imperceptible para nuestros sentidos). De igual modo, la mediumnidad sería propiedad extraordinaria de ciertos individuos. Hay que ver, hay que experimentar. Hay más cosas entre cielo y tierra, decia Hamlet, de las que puede imaginar nuestra filosofía.

* * *

El doctor Gustavo Geley va a dirigir el Instituto Metapsíquico. Hombre frío y preciso, el doctor Geley ha publicado ya

ensayos notables sobre las pruebas del transformismo y del ser subconsciente. Un libro reciente: *De lo inconsciente a lo consciente*, es una introducción a la ciencia de la Metapsíquica. La parte negativa de este trabajo, es, por todos conceptos, excelente. La parte positiva solo puede pretender aún a la forma hipotética; está sujeta a revisión y a contradicción. Pero debemos estar agradecidos al doctor Geley, por habernos mostrado los vicios esenciales del hombre y del universo.

Según confesión de nuestros mejores sabios, la biología se encuentra ante las más inquietantes incertidumbres. El problema del origen de las especies y el problema más general de la evolución, no han encontrado solución satisfactoria. Las teorías famosas de Darwin y de Lamarck son, cada una por su parte, insuficientes. Se ha tenido que inventar un neo-darwinismo y un neo-lamarckismo que, aun combinados en proporción apetecida, no lo explican todo. Al final de uno de sus libros, el célebre biólogo Ives Delâge invoca, con cierto escepticismo, al Newton que con un rasgo de genio descubra «el factor nuevo e inesperado cuya evidencia sea tan luminosa que fuerce todas las convicciones, y que nos preguntemos como habíamos estado tanto tiempo sin pensar en ello.»

No decimos que el doctor Geley sea ese Newton. Pero, leyendo su libro, se verá por qué los factores clásicos son impotentes para hacer comprender el origen de las especies, el origen de los instintos, las transformaciones bruscas de los seres vivos, la cristalización inmediata de los caracteres específicos, etc. Asistiremos a la quiebra de las teorias psicológicas clásicas, principalmente de aquella que considera el pensamiento como una «secreción» de los centros nerviosos. En el estudio de lo subconsciente y de lo inconsciente, se habrá de buscar la clave de esos problemas. Apoyándose en experimentos impresionantes, certificados por la fotografía, el doctor Geley llega al concepto de un «dinamismo» vital y psíquico que crea representaciones materiales y las anima. Se comprenderá que no podemos profundizar aquí en esta hipótesis. Digamos únicamente que no es nueva en filosofía, y que Schopenhauer ve en ella el fondo de su grandioso sistema.

Lo que es nuevo, es la prueba experimental. A la Metapsíquica pertenece hacerla tan plena y luminosa, que la ciencia tradicional se revolucione y obtengamos no sólo luces espirituales, sino una moral indiscutible.

René Sudre.

(Traducido de «L'Avenir» de París de 31 de Julio de 1919, por J. Garrido.)

Un misterioso cráter en Arizona



L *Scientifice American* del 4 de Mayo de 1912 publicó un artículo del profesor Elihu Thomson en que describe la exploración por él efectuada en un misterioso cráter, en Arizona.

El cráter tiene una forma tan curiosa, que casi excluye la hipótesis de que su origen sea volcánico. El Profesor opina que fué formado por el choque de un meteoro o una sarta de meteoros. Está situado en una comarca perfectamente llana, y mirado a distancia parece un recipiente de agua de lados inclinados y abertura plana, un objeto único en el paisaje. Observado de cerca, se ve que es un enorme agujero en el terreno, de lados inclinados, que sobresalen unos 150 pies del nivel de la llanura. El diámetro mide unos tres cuartos de milla, y la profundidad del agujero unos 570 pies. El contorno es muy irregular; masas de roca grandes como una casa están arrojadas alrededor en aparente mezcolanza. Hay masas de varias toneladas de peso lanzadas en la llanura a una distancia de mil pies. La comarca, en algunas millas alrededor, está cubierta de numerosos fragmentos de hierro aerolítico, de los cuales, muchos han sido recogidos y enviados a todos los museos del mundo. En el verano de 1911, se recogió en la llanura a una distancia de milla y media próximamente, una masa que pesaba 1700 libras.

El profesor Thomson opina que en los orígenes de la tierra, deben haber existido varios de estos cráteres, pero que han sido borrados y rellenados tiempo ha, por la acción de la lluvia y otros procesos eruptivos. Considera que la mayor parte de los cráteres de la luna fueron formados de este modo, por el choque de meteoros y dice: «Cuando observo el cráter aerolítico de Arizona, siento la seguridad de que en él tenemos un cráter lunar terrestre... Las proporciones son las mismas que las observadas en los cráteres de la luna; en el cráter meteórico, los rebordes laterales tienen de 150 a 175 pies de alura, mientras que la cavidad está bajo el nivel de la llanura, exactamente lo mismo que ocurre en los cráteres de la superficie lunar. Los cráteres han permanecido intactos en la superficie del satélite gracias a la ausencia de aire y agua, y por consiguiente, de erosiones.

El profesor cree muy probable que en los primeros tiempos de su historia, la tierra y la luna recibiesen con frecuencia abundantes choques de meteoros aerolíticos. Examina después la teoría de la formación de los planetas por la agregación y reunión de masas aerolíticas y dice:

«Si examinamos un aerolito, nos parece probable que en algún tiempo formó parte de otro cuerpo mucho mayor, que se ha roto, desquiciado y dispersado en fragmentos. Mas, el proceso de reunión por el cual se han construído planetas con estas movientes masas, empieza poco tiempo después de una gran catástrofe propicia para formar un sistema».

Luego, entregándose a especulaciones, indaga acerca de la naturaleza de cada catástrofe y considera que puede haber sido causada por el choque o semi-choque de dos soles o quizás de dos cuerpos opacos, pasando el uno junto al otro en el espacio y formando una nebulosa espiral.

«Cuando los cuerpos pasan el uno junto al otro, empieza la reunión de los fragmentos o restos del desquiciado sistema mediante la formación de una nebulosa en espiral en uno de ellos; esta reunión inicia la posible evolución de un sistema nuevo. Este hecho, del cual todos podemos aprender, parece ser el orden de la Naturaleza. El proceso viene de un pasado ilimitado y continuará hasta un ilimitado futuro. De este modo, si pudiéramos conocer la historia del aerolito que cayó en el cráter meteórico de Arizona, nos hablaría de los grandes sucesos ocurridos en el espacio en tiempos inconcebiblemente remotos. Nos hablaría de la ruptura de un sistema planetario antes formado, y de la gradual reunión de materiales para formar un nuevo sistema, el nuestro propio. Nos referiría el proceso de construcción del Universo tal como es, y que continuará reformando y rehaciendo durante mucho tiempo los sistemas de que está poblado.

El más superficial lector comprenderá de qué modo tan notable confirma todo esto las clarividentes observaciones de Leadbeater sobre la remota historia terráquea y lunar, según están expuestas en el artículo «La Construcción del Sistema», inserto en el tomo segundo de la obra: *La Vida Interna*. (1) Nuevamente resulta confirmada la Sabiduría.

H. L. S. WILKINSON

(1) Que proximamente aparecerá en traducción española.

NOTAS

Según la revista francesa *Le Lotus Bleu*, los días y pueblos señalados para las conferencias de Annie Besant, en este mes y en el pasado, son los siguientes:

Septiembre: 6 y 7, en Harrogate; 8, en York; 9, en Newcastle; 10, en Edimburgo; 18, en Cardiff; 19, en Bristol y 20 y 21, en Bath.

Octubre: 2 y 5, en Londres; 7, en Leeds; 10, en Birmingham; 12, en Londres; 15, en Tunbridge Wells; 18, 19 y 26, en Londres; 28, en Cambridge y 29 y 31, en Londres.

Además de estas conferencias teosóficas dará la Sra. Besant en los citados pueblos y bajo los auspicios de la Sociedad *Grande-Bretagne-Inde* o del partido laborista, otras sobre las reformas que deben introducirse en el gobierno de la India; y según el *Vahan*, del que la revista francesa toma estos detalles, la relación arriba dada no es completa.

La visita de Annie Besant a Francia, no se realizará antes de la segunda semana de Noviembre.

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quirico, 32. — Teléfono 520. — Sabadell.